

no, así mismo perdió un cañon de los que traia; no obstante, un trozo como de sesenta hombres decididos subió arriba de la loma en demanda de Morelos, y logró penetrar hasta su campamento: algo mas hubo, lo escoltaron unos cuantos un largo rato, teniéndolo por el general Llano, pues quiso la suerte que estuviere vestido del modo que éste, y montado en brida española, cosa exótica entre los americanos. Morelos entendió lo que pasaba, calló, sostuvo la ilusion hasta que llegó su escolta llamada de los pares, que estaba abajo en lo mas ardiente de la refriega: reconoció que aquellos dragones eran enemigos, cargó sobre ellos y los hizo piezas, entonces Morelos se retiró bonitamente.

Las sombras de la noche, dice el Lic. D. Juan Nepomuceno Rosainz en su *Relacion histórica* de lo que le aconteció como á insurgente, impresa en Puebla, pág. 3, ya comenzaban á cubrirnos cuando asomó el padre Navarrete por una loma del costado izquierdo ácia el campo del Sr. Matamoros; ni uno ni otro tenia la debida noticia, y se rompieron el fuego creyéndose enemigos: algunos dragones ébrios subieron por el costado derecho, se hizo la confusion general, y no permitiendo la oscuridad distinguirse, se mataron los nuestros entre sí con un furor y facilidad cual nó es capaz se haya visto en la mas sangrienta batalla.

Galeana viendo la dispersion que habia causado aquel horrible estrago, ocupó el punto de *Puerto-Viejo*, donde reunió muchos dispersos; ya desde la noche anterior habia logrado recoger todo el armamento que dejó allí el enemigo. Cuando se encontraban los de Llano con los nuestros y se daban el ¿quién vive? respondian, *fieles, Puebla...* Tal era la seña y contra seña que sacaron de Valladolid.

RETIRADA DEL EJERCITO DE MORELOS PARA CHUPIO.

Concluida esta accion encarnizada, el ejército americano comenzó á dispersarse, y continuó haciéndolo hasta el siguiente dia á la una de la tarde en que salieron D. Pablo Galeana, D. Nicolás Bravo y D. Guadalupe Victoria, sacándose éste y Galeana un pedrerito que tiraban alternativamente atado á la manzana de

la silla, y doscientos infantes. Asimismo se retiró el coronel D. José Antonio Arroyo, que se hallaba situado en el respaldo de la loma de Santa María, despues de haber clavado los cañones de orden de Matamoros, incluso uno de enorme magnitud que llevó Muñiz, y abandonado un inmenso parque y armamento, y muchos equipages: valia todo mas de ochocientos mil pesos.

Caminando al Oriente de Santa María por Jesus del Monte, los atacó una partida de infantería salida de Valladolid en su alcance; pero respondieron á sus fuegos con la fuga: tal iban de amedrentados: entonces abandonaron el cañon, y perseguidos del enemigo se encaramaron en el cerro como único lugar de asilo. Otra partida estaba en un llano inmediato ocupada en dar caza á los dispersos, y aguardaba á Galeana y Victoria; pero estos se defendieron hasta las tres de la tarde: tomaron el camino de la hacienda de Itúcuaro, camparon en la cima de un cerro, y al siguiente dia continuaron en la reunion de los dispersos. Llegaron por fin á Tacámbaro, pasaron despues á Chupio, y al dia siguiente á la hacienda de Puruarán, famosa por la batalla en que se consumaron nuestras desgracias en aquel malhadado pais.

BATALLA DE PURUARAN, DADA EL MIERCOLES 5 DE ENERO DE 1814.

A pesar de los triunfos conseguidos por los españoles en las acciones referidas, temieron mucho que la reaccion de Morelos les quitase el fruto que habian conseguido sobre sus esperanzas; por tanto, se propusieron darle el último fatal golpe de destruccion, persiguiéndolo tenazmente.

Morelos dió por punto de reunion la hacienda de Puruarán, último desatino que pudo cometer para completar su ruina, pudiendo haberlo dado en la hacienda de la Loma, posicion ventajosa para defenderse, y que apenas distaba de allí el corto espacio de cinco leguas. Muy luego notó en sus principales oficiales repugnancia para aguardar al enemigo, principalmente por parte de Matamoros y de D. Ramon Rayon, que reunidos con el honrado intendente Sesma, le mostraron la imposibilidad de defenderse hallándose dominados de la artillería que sin du-

da situaría el enemigo en una loma á tiro de fusil. Insuflábalo á que se quedase allí Muñiz; pero era porque temia que sus sembreras de cañas, plantadas en la hacienda de la Loma, se viesesen destrozadas por aquel ejército hambriento. . . . Por no oír las plegarias de Muñiz (decía Morelos) quedémonos aquí; vale que esta gente está acostumbrada á defenderse encerrada. . . . Bien, le dijo Rayon, pero eso es bueno cuando el lugar donde se encierra le asegura su defensa, no cuando se opondrá á ella. . . . A esto nada respondió, sino mandar que allí se hiciesen trincheras.

Los aduladores de Morelos conocieron la fuerza de estas reflexiones, y como entendieron desde un día antes de salir de Chupio, que Llano é Iturbide se acercaban, procuraron sacarlo de allí para que no quedase espuesta su persona, aunque se llevase el diablo el ejército y el general no debiera morir como el último soldado. Tanto hicieron y ponderaron la necesidad de que saliese Morelos, que al fin recabaron su consentimiento y lo hicieron marchar para la hacienda de Santa Lucía, distante de allí seis leguas. Tanto puede la adulación, y tanto adormece á los hombres elevados á grandes puestos!

Retirado Morelos, entró en conferencias Rayon con Matamoros, persistiendo aquel en que deberían retirarse. En vano le mostró la imposibilidad de defenderse: que la misma cerca de piedra en vez de servirles de parapeto era su mayor contrario pues siendo de piedra lisa de río, herida ésta con las balas de cañón multiplicaba la metralla y el estrago; todo lo confesó Matamoros, pero se encogió de hombros, y dijo que solo le tocaba obedecer. A Rayon lo situaron al otro lado del río con mas de quinientos hombres que en la noche formaron una trinchera. Desde aquel punto no era posible auxiliar á Matamoros porque quedaba mediando entre él y el enemigo, y el puente era bien estrecho. También en la hacienda formó unas trincheras Matamoros, y mientras que se hacian rondó la música de la tropa, así para evitar que esta se durmiese, como la desercion que ya era mucha.

A las doce del día siguiente he aquí al enemigo que muy luego comenzó á situar su artillería y á hacer fuego para descubrir

la de Matamoros, que solo le contestó con un cañón. A poco rato destacó dos partidas de observacion de doscientos hombres, que no solo destrozó la tropa americana, sino que viéndolas en fuga salió á perseguirlas. Mandó Llano un trozo de caballería á las órdenes del coronel Orrantia, por el punto llamado de la *Baguzera*; mas aunque este estaba descuidado fué rechazado dos veces, é insistiendo en penetrar por la tercera, lo consiguió é introdujo el pavor en el ejército. También fué acometido D. Ramon Rayon por una partida de caballería que no dejó pasar: entonces se retiró del puesto, viendo que era imposible reanimar la gente, y se situó en una loma que está entre Poniente y Sur de Puruarán, desde donde protegió la retirada de los que salieron: así lo cenfiesa Llano en su parte inserto en la Gaceta núm. 515. Pasaron de seiscientos los muertos, y de setecientos los prisioneros, entre los que lo fué igualmente el general Matamoros que se halló sin caballo, pues se lo tomó su hermano D. Nicolás y lo dejó en la pelaza. En vano quiso huir en uno malo de un dragon y pasar el río, porque no pudo superar los obstáculos que se le presentaron estando el puente enteramente embrazado con tercios y cargas, que hacian casi imposible su tránsito: entróse en una casilla inmediata, y uno de sus oficiales le denunció y entregó traidoramente, segun he podido averiguar, y tambien que fué pasado por las armas al siguiente día en premio de su tajeza. Su aprehensor fué el soldado de Frontera *Eusebio Rodriguez*, de la escolta de Orrantia, y se le remuneró su accion con doscientos pesos. Despues de la batalla, que terminó cerca de las cuatro de la tarde, Llano hizo fusilar á diez y ocho oficiales de los muchos que hizo allí prisioneros (Gaceta núm. 515). Mandó que los americanos cargasen á sus heridos, que no eran pocos, y esto les proporcionó á muchos ocasion de escaparse. Galeana y su escolta, que lograron salvar, fueron á reunirse á Morelos, cuya gloria militar acabó en este día. Corrióse el albur y lo perdió la nacion en términos de no poder levantarse de esta caída, hasta que la justicia del Eterno condolido de nuestras desdichas hizo que consagrándose á trabajar en obsequio de un monarca absoluto, el mismo que nos habia causado la mayor

parte de nuestra ruina, fuese algun día el agente principal de la independencia que ahora gozamos. No reflujo menos la dicha en beneficio de la misma nacion para sostener su lucha en lo interior hasta el año de 1821. Tomados muchos fusiles por las mal armadas partidas del Bajío y diseminadas despues por una inmensa estension, sostuvieron la lid de un modo increíble; así se atizó y mantuvo la llama del fuego patrio que jamás llegó á extinguirse.

Por un cálculo no exagerado, pasó de ochocientos mil pesos el valor del parque perdido desde la accion del 23 hasta esta de Puruarán. Los acopios para el mantenimiento de este numeroso ejército, comenzaron á hacerse desde Oaxaca, pues Morelos jamás perdió de vista la ocupacion de Valladolid, á donde meditaba trasladar el congreso de Chilpantzingo. ¡Ojalá que así como fué constante en llevar adelante esta idea, lo hubiese sido para estudiar el modo de evitar un suceso desgraciado! En la memorable y desgraciada marcha de Valladolid (dice el Lic. Rosais en su *Manifiesto* pág. 3) *se cometieron tantos errores, cuantos Calleja disfrazado no pudiera inventar*....

La memoria de estas desgracias que amarga mi corazón, solo se suaviza cuando veo el fruto favorable que la patria ha sacado de ellas en estos últimos dias. Si el general Bravo no hubiera sido una de las primeras víctimas perdiendo su hermosa division en la tarde del 23, quizá no se hubiera conducido con la calma y circunspeccion que hemos admirado en su expedicion á Guadalajara: amaestrado en la escuela de la experiencia, puede decir que su lentitud en el obrar ha salvado á la patria.

HORRIBLES EJECUCIONES DE LOS ESPAÑOLES EN

EL GENERAL MATAMOROS Y LOS DEMAS PRISIONEROS.

El gobierno de México que ha perdido el derecho á la confianza para ser creído en materia de insurreccion, no merece que prestemos asenso á cuanto refiere en orden al general Matamoros, suponiendo que poco antes de morir mandó una retractacion de sus operaciones, y una alocucion á sus compatriotas para que volviesen sobre sus pasos, en la que se lee un apóstrofe á

Fernando VII y á las supremas autoridades. Nada he podido averiguar de cierto en cuanto á la conducta que observó este general en su prision: solo sé, que al trasladarlo á Valladolid lo presentaron los españoles en espectáculo por los lugares mas públicos, principalmente en la plaza de Páztcuaro, donde lo llenaron de vilipendio. El encino no puede dar sino bellotas, y exigir otra conducta en hombres ruines, seria pedir peras al olmo.

Matamoros, á lo que entiendo, obró como un hombre que teme el juicio de Dios: que sabe que ninguno puede justificarse á su presencia, y así sus preparaciones para recibir la muerte, fueron de un cristiano, de un sacerdote y de un hombre educado desde muy niño en la piedad, y formado en el colegio de Tlaluelolco de México. Lejos de nosotros calificar su modestia y resignacion cristiana como una cobardia indigna de un Macabeo esforzado que habia batídose con gloria en Cuautla, en la raya de Goatemala, en el Palmar y aun en la misma loma de Santa María. Nació este gefe, soldado, y poseia las disposiciones de tal: tenia prudencia, calma en los combates, cálculo militar, y no le faltaba astucia. Fué el brazo izquierdo de Morelos, así como Galeana el derecho; su nombre presentará siempre á los españoles la idea del vencedor del Palmar, y jamás se pronunciará sin emocion de los americanos y sin terror de los llamados gachupines. Fué fusilado en Valladolid la mañana del 3 de febrero: declarado benemérito de la patria por el congreso constituyente mexicano, y sus huesos descansan con los de otros dignos compañeros suyos en la bóveda de los vireyes †, situada al pié del altar de los Santos Reyes de esta catedral, despues de haber recibido el tributo de lágrimas que todos pagamos en la solemne parentacion celebrada el 14 de septiembre de 1823.

Yo inscribiria sobre su sepulcro estas palabras.

† Si acaso no los han sacado, como se asegura, los llamados chaquetas que todavía abundan, y los tenían pos excomulgados. Esta raza de hipócritas ha comenzado á desaparecer desde que la España reconoció nuestra independencia, y desapareció el miedo de la reconquista. Mucho me temo que el día que se quiera sacar estos huesos, sean subrogados con los del cementerio general de Santa Paula.

AL TENIENTE GENERAL MARIANO
MATAMOROS,
QUE ACREDITÓ SU PERICIA MILITAR EN EL ASÉDIO DE
CUAUTLA AMILPAS,
SU VALOR PERSONAL, EN LA RAYA DE
GOATEMALA,
Y SU TACTICA PROFUNDA EN SAN AGUSTIN DEL PALMAR,
EN CUYA CAMPAÑA RAZA HUMILLO LA ARROGANCIA
DEL BATALLON DE ASTURIAS,
Y
PERDONÓ A LOS PRISIONEROS EN EL MOMENTO DEL FUROR.
QUE
CONSUMÓ SU OBEEDIENCIA A LA AUTORIDAD MILITAR,
CON SACRIFICIO DE SU REPUTACION Y VIDA, EN LA HACIENDA
DE PURUARÁN.
PRESA DE LA SAÑA ESPAÑOLA, MURIÓ FUSILADO EN LA
PLAZA DE VALLADOLID DE MICHOACAN
LA MAÑANA DEL 3 DE FEBRERO DE 1814.
LA PATRIA AGRADECIDA Y PESAROSA
GRABO
A LA PERPETUIDAD.

IMPERATORIS VICES GERENTI
MARIANO MATAMOROS
QUI MILITARI PERITIA
IN OBSIDIONE QUAUTLAE DE AMILPAS:
ANIMI FORTITUDINE
IN CONFINIO GOATEMALENSI;
TACTICA PROFUNDISSIMA
AD S. AUGUSTINI PALMARE;
CUIUS IN PLANITIE
INSOLENTUM ASTURUM COPIAS
DEFECIT, DEBELLAVIT:
CAPTORUM VERO,
VEL IN IPSO FURORIS BELLIGI MOMENTO
VITAE, LIBERTATIQUE INDULSIT,
BONUM SIBI, MAGNUMQUE NOMEN
COMPARAVIT:
QUI PURUARANI IN PRAELIO
AUCTORITATI MILITARI
VITAM INSIMUL, ATQUE HONOREM
FORTITER INMOLAVIT:
QUI HISPANORUM DENIQUE
INDIGNATIONIS SCOPUS, AC SAEVITIAE
IN VALLISOLETI MICHOACANENSIS FORO
CATAPULTA PEREMPTUS
DIEM OBIIT.
TERTIO NONAS FEBRUARII. ANNO. M.D.CCCXIV.
AD PERPETUAM MEMORIAM
PATRIA GRATA, DOLENSQUE
MONUMENTUM HOCCE †
P. C.

† Esta version al idioma latino es del Sr. D. José Manuel Sartorio, cuya literatura es bien conocida. Puede cotejarse con el epitafio que se hizo al marqués de Montcalm, defensor de la plaza de Québec cuando fué tomada por los ingleses y se lee en el tomo primero de la vida de Washington escrita por Mars-Hall.

En el parte que dió Llano á Calleja, y que trajo un fraile dieguino, datado en veinticinco de diciembre, se asegura que aquel gefe habia pasado por las armas doscientos prisioneros. Posteriormente se hicieron muchos mas, como hemos visto. Examinemos la conducta que se guardó con ellos. Mandáronse los heridos al hospital, y los sanos á la cárcel. Sacóseles de ella y se les condujo á abrir una gran zanja en el punto del Zapote, lugar de la primera accion. Ignoraban aquellos infelices el objeto de esta maniobra, y creyeron que fuese para aumentar la fortificacion de la plaza. Una tarde á punto de oscurecer se sacaron á todos, á los heridos del hospital y á los sanos de la cárcel: se les conduce con una escolta á las orillas de dicho zanjon, y se les hacen descargas cerradas dejándolos allí cadáveres: ruédalos fácilmente sobre la fosa, y todos quedan sepultados en ella, contándose entre los fusilados el cura Gomez de Petatlan, que fué prisionero en la tarde del 24, y estaba próximo á espirar por las heridas recibidas en la accion.

Uno de los europeos prisioneros jamas quiso confesarse, aunque por intimidarlo se le fusiló despues que á los demás, y murió en su obstinacion. Un americano logró escapar de las descargas cerradas, echó á huir á toda carrera, se situó en la loma inmediata y desde allí comenzó á insultar á los de la escolta, que no osaron perseguirlo.

De este modo brutal, cruel y desusado, y con estas circunstancias de refinada y meditada atrocidad, saciaron los españoles su saña fiera contra los que peleaban por su libertad, esquivándose de oír sus quejas de opresion. Así correspondieron á los que en las llanuras del Palmar oyeron dos meses antes sus clamores en el mismo momento de descargar sus cuchillas vencedoras sobre sus delincuentes cabezas: así pagaron á Matamoros cuando se puso de rodillas á los piés de sus mismos soldados cuando los vió encarnizados contra sus enemigos, y llorando amargamente les rogó como general y como hombre, que los *perdonasen*. . . ¡Oh bárbaros! dejadme que os pregunte: ¿qué espíritu de vértigo, qué frenesí os afectó en este momento? ¿vuestro ódio inveterado, esa abominable pasion que os corroja las entrañas, no os dejó co-

nocer que con vuestras propias manos plantábais en aquella honda fosa el árbol de la libertad de Michoacán, bajo cuya sombra se reunirian un dia sus hijos para meditar vuestro esterinio? ¿Ignorábais, ó no estaba en vuestra prevision, que los padres llevarian de la mano á sus hijos para que reconociesen en aquellas cenizas exánimes los restos venerables de unas víctimas que eternamente clamarian por una justa venganza, y que sus sombras lívidas tambien la pedirian sin intermision ante el trono del Excelso? . . . ¡Clio! ¡pues debes anunciar al mundo la verdadera historia de nuestros hechos desgraciados, yo te suplico levantes á las mas distantes generaciones la punta del velo que oculta la memoria de este suplicio! . . . Decidlas con la magestuosa voz de la verdad: ¡he aquí á los españoles de principios del siglo XIX, en nada diversos de los del siglo XVI, que cautivaron á estos pueblos y á sus príncipes con achaque de enseñarles una religion de caridad, que detesta la venganza! ¡Oh descendientes míos! ¡O poseedores tranquilos de una libertad ganada á tanta costa! Contadlo así á vuestros nietos en los dulces transportes de la sociedad doméstica, y cuando echeis sobre sus corazones las primeras semillas de las virtudes. ¡Esposos! repetidlo tambien á vuestras consortes, aun en aquellos momentos dulcísimos en que dejéis de existir por un instante imperceptible para dar el ser á nuevas generaciones. ¡Pueblos todos del Anáhuac, sobre aquellos huesos que esperan salir animados en el último dia de los tiempos al horrisono grito de la resurreccion, jurad conmigo un odio eterno á la tiranía española, y jurad tambien que morireis primero que tornar á ella! ¡Hombres sediciosos y anárquicos! venid á este cementerio y mirad en él los estragos de una tiranía desaforada; pero sabed que sereis víctimas de ella, si no respetais el órden y las leyes, y si trabajais por reponer en un trono al que fué el *brazo derecho que ejecutó tamañas atrocidades* al impulso de los que se lo mandaron. † ¡Plegue á Dios que

† ¡Ah! si á este infeliz hombre se le presentaron á la hora de la muerte estas y otras muchas ejecuciones que hizo en diferentes puntos cuando salia cual tigre á carnear en la campaña, y de que se lisonjeaba en sus partes, ¿qué aflicciones, qué remordimientos no ocurririan á su corazón? ¡Dios mio, justo eres! ¡Quién

este cuadro sea para los mexicanos el gran libro en cuyas páginas, escritas con sangre, aprendan á ser justos! ¡Quiera tambien el cielo que no sea necesario repetirles esta leccion, para que amen la libertad que ahora disfrutan, pero que no aprecian debidamente! Fatigado de referir desdichas, pongo término á esta *segunda época*: haria querido mostrarme insensible y pasivo al renovar la memoria de este suceso, no de otro modo que el Evangelista *S. Juan* al contar el horrendo deicidio ejecutado en el *Gólgota*: conózcase por esto la diferencia que hay entre un historiador sagrado, y uno profano; al que escribe en calma, sin carne ni sangre, y solo en espíritu de verdad, y al que aunque se liasonjea de ser verdadero y exacto, carece de las virtudes de aquel varon especialmente escogido por el cielo para tutor de la Madre de Jesucristo. Mi pluma se ha guiado por el amor que profeso á la nacion, á quien pertenezco: ¡dichoso yo si con esta relacion pudiera hacer que aumentara un grado de honor y concepto, cual se merece entre los pueblos del mundo conocido!

Reciba V. entre tanto, dulce amigo mio, el aprecio y respeto que merece á este su atento servidor y amigo

Lic. Carlos María de Bustamante.

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA.

osará argüirte de injusticia, cuando le decretásteis esta terrible pero condigna pena espiatoria? Esta reflexion me atormenta mas que si hubiera presenciado aquella escena de horror. ¿Cómo compareceria á dar cuenta ante el tribunal de un Juez terrible que ha protestado que abominará siempre al hombre sanguinario y doloso? A vosotros los que presidis los destinos de los mexicanos; yo os suplico que jamas olvidéis este ejemplar, pues aseguro que pasará por vosotros lo que pasó por él.

INDICE

DE LAS

CARTAS CONTENIDAS

EN ESTE SEGUNDO TOMO.

CARTA PRIMERA.—Dáse idea del general Morelos, y motivos que lo indujeron á presentarse al cura Hidalgo en el teatro de la revolucion.—Recibe el nombramiento de comandante general del Sur; parte al desempeño de su comision.—Itinerario de su viaje.—Unesele D. Juan José Galeana con setecientos hombres mal armados, y se presenta sobre las fronteras de Acapulco.—Su primera accion en el punto del Veladero.—Historia del cañon niño, el primero que se conoció en su ejército.—Resiste varios choques del comandante español Páris á quien sorprende Morelos en su campo de un modo ingenioso, y se hace de un grueso armamento y equipo.—Un artillero de Acapulco ofrece entregar á Morelos la fortaleza de aquel puerto.—Se acerca, es engañado Morelos, y dispersa su tropa, la contiene acostándose en su preciso tránsito.—Nombramiento de gefe en D. Hermenegildo Galeana.—Su tropa es atacada en el rio de Chichihualco, y sale vencedora.—Unense los Bravos á Morelos.—Triunfan los americanos en Tixtla y deben la victoria á una singular contingencia.—Atacan los españoles á Tixtla con mucha fuerza al mando de Fuentes; defiéndese con brio y obtiene un completo triunfo socorrido por Morelos en persona.—Fórmase una contra-revolucion contra Morelos que la sofoca castigando á los revoltosos.—Sale Morelos para Chantla de la Sal de Chilapa donde derrota y decapita al general Musitu, y hace prisionero al Dr. Herrera.—El padre Talavera es derrotado por Páris.—Morelos entra en Izúcar, donde es atacado por el marino Soto Maceda; mas éste muere de resultas de las heridas.—Marcha Morelos para Tazco, avanza para Tenancingo y Tecualoya.—Derrota á Porlier en Tenancingo.—Historia del capitán Roca, poeta español.—Id. de D. Francisco

TOM II.—55.